

raba el lance, y ya el enemigo, rechazado sobre todos los puntos, estaba obligado á cedernos el campo de batalla, cubierto de sus muertos y de su artillería.

Con todo en este momento una corta refriega estuvo á pique de privarnos de los frutos de la victoria. Habiendo conseguido deslizarse hacia nuestra izquierda un regimiento de dragones rusos por entre los senderos pantanosos del terreno y hacia en medio de las divisiones de Verdier y de Merle, penetró en lo interior de nuestra línea muy adelante, y produjo un momento de turbación. Allí se encontraba el general Saint-Cyr, á quien su herida estorbaba mantenerse á caballo, y que asistía á la batalla en un pequeño carruaje polaco. Derribado fué en aquella especie de baraúnda y atropellado por los caballos. Le levantaron y no cesó de dar sus órdenes. Un puesto de la brigada de Merle, que guardaba las orillas del Polota, detuvo á los rusos á fusilazos. De flanco les cargaron los coraceros de Doumerc y acuchillaron á buena parte de ellos y pusieron término á esta extraña aventura.

No obstante, había resultado algo de tiempo perdido y algo de confusión. La izquierda, compuesta especialmente de la división de Merle, había cometido el yerro de adelantarse casi á la altura del centro y de empujar hacia atrás á la derecha de los rusos, que de otro modo se pudiera coger entre el Polota y el Dwina. A pesar de esta falta, producida por un exceso de buena voluntad, sobre todo el frente de los dos ejércitos estábamos completamente victoriosos, y el enemigo se hallaba rechazado sobre todos los puntos hasta el linde de la selva de Gumzeleva, desde donde había desembocado sobre nosotros. Si aún pudiéramos contar una hora de día, y si se hallaran menos fatigadas nuestras tropas, siguiéndole por la selva, lográramos arrebatarle muchos prisioneros y artillería. Pero nuestros soldados, cayéndose de lasitud y de inanición algunos, no se encontraban en estado de ir más lejos. Se hizo pues alto en el linde de la selva después de una brillante victoria, cuyos trofeos consistían en mil quinientos prisioneros, catorce piezas de artillería, una gran cantidad de arcas de municiones y tres mil hombres muertos al enemigo. Nuestra pérdida no llegaba á mil hombres. La principal ventaja de esta jornada estribaba en haber repelido lejos al conde de Wittgenstein, y quitádole la afición á la ofensiva, á lo menos por algún tiempo, y poder descansar tranquilamente delante de Polotsk, y no temer ya que nos arrebataran los forrajeadores, por muy lejos que se adelantaran. El único sentimiento fué el universal, que la muerte del general Deroy produjo.

Esta victoria, conocida en Esmolensko el 19 de agosto, al día siguiente de la entrada en este punto, causó una viva satisfacción á Napoleón, y le hizo al fin justo respecto del general Saint-Cyr, cuya rápida determinación nos había hecho volver á ganar junto al Dwina el prestigio de la victoria. Napoleón envióle el bastón de mariscal del imperio, muy debido á sus talentos, que eran eminentes, si bien echados á perder por defectos de carácter. Al par le dirigió numerosos premios para las tropas francesas y bávaras, que se habían portado perfectamente, no quiso que entre ellas hubiese la menor diferencia y concedió dotaciones á las viudas y á los huérfanos de los oficiales bávaros lo mismo que á las viudas y á los huérfanos de los oficiales franceses. Tam-

bién dedicó particularísimos honores á la memoria del general Deroy: su pérdida y la del general Gudín eran las mayores que el ejército había experimentado hasta entonces. ¡Mas ah, que en breve debía experimentarlas, si no mayores, de positivo mucho más numerosas! Afortunadamente la herida del mariscal Oudinot nada tenía de grave, aunque durante muchos meses le hubo de impedir el ejercicio del mando.

Estas dos victorias, de Gorodeczna y de Polotsk, obtenidas la una el 12 y la otra el 18 de agosto, afianzaban al parecer la seguridad de nuestros flancos, y nos permitían aventurarnos á mayor avance, si llegaba á lucir sobre el camino de Moscou la esperanza de un decisivo triunfo. Así lo juzgó Napoleón, y calculando que los austriacos y los sajones bastarían para contener á Tormazoff sobre su derecha, y que los franceses y los bávaros de Saint Cyr bastarían para contener á Wittgenstein sobre su izquierda, sin contar al mariscal Macdonald dejado entre Polotsk y Riga, no halló en la situación de sus alas ninguna razón para detenerse, dado caso de que en seguir adelante viera la probabilidad de terminar la guerra ó de comunicarla un gran brillo.

Sólo se podía entrever una eventualidad funesta, y era la del regreso del almirante Tchitchakoff, que iba á quedar desembarazado de resultas de la paz entre los rusos y los turcos. Pero el noveno cuerpo, el del duque de Bellune (mariscal Víctor), cuidadosamente formado de antemano para todas estas eventualidades, situado por junio en Berlín, por julio en Tilsit, trasladándose á Wilna, iba á ofrecer un recurso precioso contra todos los accidentes imaginables. Para asentar bien Napoleón sus resoluciones definitivas, sólo tenía, pues, que tomar en consideración lo que sucediera entre el grande ejército reunido bajo su mano y el grande ejército ruso mandado por Barclay de Tolly, y que se hallaba en retirada sobre el camino de Moscou. De continuo tenía fijos los ojos sobre este punto, consultándose siempre acerca de si convendría permanecer en Esmolensko, para organizar allí la Polonia y preparar sus medios de invierno, á riesgo de todo lo que pensara Europa de una lentitud tan nueva, ó si convendría proseguir internándose en Rusia para descargar antes del fin de la estación un golpe decisivo, al cual no pudiera resistir el carácter movible del emperador Alejandro. Los informes de sus dos generales de vanguardia debían hacer que se inclinara á uno ó á otro lado la balanza, oscilante á la sazón en sus manos.

Con efecto, Murat y Davout, el uno con su caballería y el otro con su infantería, seguían las huellas del ejército ruso que se retiraba por el camino de Moscou. Tomado habían á Solowiewo después de algunos combates de retaguardia, y dejando á otros el cuidado de conservar este puesto, corrieron sobre Dorogobouga, último punto en que el camino de Moscou encuentra las sinuosidades del Dnieper. Al modo que sus caracteres, se diferenciaban las relaciones de estos dos caudillos. La brillante, pero inconsiderada bravura de Murat, prodigando su caballería en los reconocimientos, si bien lanzándola en el combate sobre el enemigo con oportunidad maravillosa y no sabiendo por desgracia cuidarla de modo que durase, era antipática á la sólida y fría razón del mariscal Davout, que no gastaba inútilmente ni la vida, ni las fuerzas de sus soldados, y avanzaba

menos de prisa que los otros, bien que en cambio no retrocedía nunca. Cuando, comprometido Murat temerariamente, pedía la infantería del mariscal, éste la llevaba sin demora, y sacaba de apuros al brillante rey de Nápoles, sin querer á pesar de todo fíarle jamás soldados, de cuya vida se mostraba avaro. Sólo hacía unos pocos días que marchaban juntos, y ya se habían suscitado entre ellos vivos altercados en los cuales la vivacidad del coronado jefe de nuestra caballería vino á estrellarse en el tesón del jefe de nuestra infantería. Así en sus comunicaciones al emperador se contradecían continuamente.

El enemigo, mandado por el general Barclay de Tolly, se retiraba con orden y firmeza, llevando á su retaguardia una porción no grande de tropa, si bien suficiente y selecta, de infantes ligeros, de jinetes y de artillería. Retrogradaba por escalones ocupando toda posición donde podía contener á nuestros caballos con cañones y tiradores, y defendiéndola de este modo hasta que llegaba nuestra infantería. Sólo entonces emprendía presurosamente la marcha, se replegaba detrás de otros escalones bien apostados asimismo, y finalmente, no soltaba su caballería sino en lugares descubiertos, cuando veía probabilidad de rechazar la nuestra. Nada anunciaba en semejante conducta ni turbación ni desaliento, y por el contrario todo revelaba una resistencia, que debía crecer sucesivamente, hasta llegar á una batalla general cuando el enemigo juzgase oportuno presentarla. No observando Murat más que superficialmente lo que pasaba ante sus ojos, no teniendo en cuenta más que el sucesivo abandono de las posiciones ocupadas por el contrario, pretendía que estaban desmoralizados los rusos y que, tan luego como se les pudiera dar alcance, no había más que acometerlos para destrozarlos, por lo cual sólo con andar prestamente, se hallaría en el camino la ocasión de un hermoso triunfo. Lo contrario sostenía el mariscal Davout muy de lleno, y afirmaba que nunca había visto una retirada mejor dirigida y en que fuera más difícil vencer á fuerza de galopar detrás de las huellas del enemigo. Su dictamen era que sin consumirse en correr detrás de los rusos, á los cuales no se lograría dar alcance, se les hallaría pronto en una posición escogida por ellos, donde se defenderían á muerte, y ante la cual se necesitaría llegar con fuerzas prudentemente conducidas, si se quería dar batalla. Próxima la creía de consiguiente y sangrienta y una de las más terribles del siglo. En tal sentido escribía á Napoleón más de una vez al día, y contradecía por tanto lo que Murat le comunicaba. A vueltas de todo, estos dos jefes de vanguardia estaban concordes en un punto, y en que pronto se hallaría en el camino una batalla, fácil según el uno, difícil según el otro, segura en sentir de ambos.

Al acercarse á Dorogobouga se descubrió á los rusos alineados en batalla detrás de un riachuelo, llamado Ouja, que, después de cruzar terrenos más ó menos quebrados, iba á desaguar hacia nuestra izquierda en el Dnieper, junto á un lugar que tiene Ouswiat por nombre. En su actitud, en su número, en su vasto despliegue daban á entender que se disponían á una campal batalla. No era obstáculo de importancia el riachuelo, que había que atravesar para atacarlos, pero sus orillas eran fangosas y de difícil acceso. Con todo, remontán-

dolo hacia nuestra derecha, se tenía la esperanza de coger la vuelta á los rusos, y si por aquel lado se operaba con fuerzas bastantes, era verosímil que se llegara á repelerlos hacia el ángulo que con el Dnieper forma el Ouja. De consiguiente en este sitio había la probabilidad de un grande y decisivo encuentro, y Davout y Murat se lo comunicaron á Napoleón de seguida, hallándose esta sola vez del mismo parecer en sus partes. El ejército polaco, que marchaba á dos leguas sobre nuestra derecha, fué á tomar posición hacia el nacimiento del Ouja, punto por el cual se esperaba coger la vuelta al enemigo. Nuestra vanguardia, puesta en marcha el 20 de agosto, comunicó esta noticia á Napoleón el 23 por la noche.

Lo que esta vanguardia creyó descubrir era la verdad exacta. Después de haber sobrellevado valerosamente los injuriosos dicharachos de que era objeto, el juicioso é intrépido Barclay de Tolly sentía desvanecerse su firmeza, sobre todo desde la retirada de Esmolensko, que le había sido forzoso prescribir á pesar de todos los generales rusos, y particularmente contra el gusto del príncipe Bagratión. Universal era el desencadenamiento en su contra. Tanto los generales como los hombres políticos necesitan de valor cívico para saber despreciar las vanas habladorías de la soldadesca, que frecuentemente ha perdido ejércitos ni más ni menos que la muchedumbre ha perdido los estados libres, cuando se la ha escuchado. Para nosotros los franceses nada podía ser más venturoso que dar batalla cerca de Esmolensko: para los rusos nada podía sobrevenir más infausto. Pero los jefes del ejército ruso, acogiendo las quejas de sus soldados y sobre todo de la nación, cuyas ciudades y aldeas se entregaban á las llamas, decían que se iban defendiendo con ruinas, con ruinas rusas, y que más noble y menos perjudicial era defenderse con sangre. Tanto era el acaloramiento de los ánimos que se preguntaban con fundamento, si, á pesar del peligro de presentar una batalla á los franceses tan cerca de los recursos propios, no lo había mayor en dejar que la desmoralización se propagara entre las tropas y por más tiempo se suministrara pretexto á aquel desprecio de los jefes, que empezaba á engendrar la más horrorosa indisciplina. Este motivo hizo que Barclay de Tolly se decidiera y abandonara el proyecto de retirada á lo interior por el de una batalla encarnizada y dada inmediatamente. En su consecuencia envió al cuartel-maestre general, coronel Toll, á elegir un campo de batalla, y éste adoptó la posición que se había ofrecido detrás del Ouja y delante de Dorogobouga. Llegado allí Barclay de Tolly el 22, cambió el puesto que ocupaba el segundo ejército á las órdenes del príncipe Bagratión, y le estableció á su izquierda, en el punto mismo en que podríamos rebasar la línea de los rusos. Efectivamente, todo el día 23 se aplicó á estudiar el terreno, á asentar allí con solidez y á hacer sus preparativos de pelea. Aunque apreciando Murat y Davout diversamente el estado moral del enemigo, no se engañaban pues al escribir á Napoleón que los rusos estaban prontos á dar batalla, y que si había disposición de admitirla, se necesitaba acudir en masa para pelear con todas las fuerzas.

Napoleón recibió esta noticia algunas horas después de despachada, pues si necesitaron tres días las tropas de vanguardia para cruzar aquel espacio, con diez ó do-

ce horas tenía bastante un correo. Al recibirla decidió Napoleón dejar á Esmolensko, para correr al lance decisivo, brillante, que creía serle preciso para mantenerse en la posición en que se había colocado. Sólo el hecho de moverse con todas sus fuerzas para ir á algunas jornadas de Esmolensko, zanjaba la mitad de la cuestión que le preocupaba actualmente, pero la zanjaba sin que se apercibiera de ello, porque las razones de ir á buscar esta batalla tan deseada, aun á costa de algunas marchas, eran tan fuertes que no cabían vacilaciones. No titubeó pues en partir el 24 con la guardia, sin resolver tampoco aún de una manera irrevocable la cuestión reducida á saber si invernaría en Polonia ó marcharía á Moscou. No por eso dejó de tomar sus providencias como para una partida definitiva, porque, sin estar enteramente determinado, recelaba que podría ser arrastrado más lejos, y porque no quería dar un paso adelante sin haber tomado precauciones dignas de su previsión á sus espaldas.

Habiendo despachado á su guardia la mañana misma del 24, y prevenido á Ney, que seguía á Davout, estrechase sobre la cabeza del ejército, y al príncipe Eugenio, que había marchado por Doukhowtchina, dirigirse sobre Dorogobouga, partió en persona por la noche, y anduvo toda ella para llegar á la salida del sol el 25, y dar quizá la batalla, objeto de sus más ardientes deseos.

Pero al llegar á tal hora encontró casi disipadas, al menos por entonces, las apariencias de batalla, entrevistas al principio con tanto alborozo. Efectivamente, después de un primer examen de la posición, el príncipe Bagratión, que ocupaba la parte de difícil defensa, pues cabalmente se hallaba en el punto por donde podía ser cruzado el Ouja, y por donde corría riesgo de ser rebasada la izquierda de los rusos, hallóla detestable, y trató de una manera ofensiva al coronel Toll, por empeñarse en sostenerle que era buena. Desde entonces la batalla fué otra vez aplazada por la voluntad propia del que la solicitaba con más ardimiento. En vista de esto, Barclay de Tolly abrazó el partido de levantar el campo y de cruzar rápidamente por Dorogobouga, para dirigirse á Viasma, donde se decía que había una posición mucho más ventajosa.

Así el ejército ruso, á quien se creyó tan apercibido á la pelea, ocultóse de pronto á la vista, de manera de dar á entender que nunca había pensado en batirse. Pero el tacto de Napoleón era tan seguro y la experiencia del mariscal Davout tan consumada que no podía engañarse, al reconocer en aquellos altos seguidos de retiradas repentinas, no irresoluciones, sino perplejidades de un ejército determinado á la pelea, y que sólo buscaba el terreno donde pudiera empeñarla más ventajosamente. Claro era que, siguiéndole otros dos ó tres días, se le hallaría al fin dispuesto á hacer cara, y á admitir la batalla que tantas veces se le había ofrecido. En semejante estado de cosas, detenerse por dos ó tres marchas que faltaban todavía, no parecía una resolución bastante motivada, y habiendo hecho ya Napoleón las tres etapas, que separaban á Esmolensko de Dorogobouga, no vaciló en atravesar las otras tres que separaban á Dorogobouga de Viasma, donde era probable que al cabo se alcanzara al ejército ruso; sólo que como no era hombre que se engañara sobre las consecuen-

cias de sus actos, ya no dudó de lo que iba á verificarse, esto es, del encadenamiento de las cosas que debía conducirle hasta Moscou (1). En Viasma no estaría aún á la mitad del camino entre esta ciudad y Esmolensko, pero sí muy cerca: ya la habría pasado en Ghjat, y si se ganaba una gran batalla á algunas jornadas de Moscou, no era el caso de detenerse y de renunciar al inmenso brillo de la entrada de los franceses en la antigua capital de los zares. Partido de Esmolensko, sin haberse aún fijado, resolvióse definitivamente en Dorogobouga, y el 26 expidió sus órdenes como convenía darlas para una marcha que ya hasta el mismo Moscou no terminaría.

Aunque, al dejar á Esmolensko, se hubiese ocupado Napoleón en su base de operaciones, necesitaba atender más á este punto al abrazar el partido de trasladarse todavía á mayor distancia. Esta base, que había estado al principio en Dantzick y en Thorn, después en Königsberg y en Kowno, más tarde en Wilna, se había mudado sucesivamente, á medida que se prolongaba esta marcha extraordinaria por entre la Polonia y la Rusia. Evidentemente era Esmolensko la nueva base en que se había de buscar el apoyo. Allí estaba el nudo que unía al Dwina y el Dnieper y los enlazaba con Wilna y Kowno. Por esto Napoleón resolvió llamar allí inmediatamente al cuerpo del mariscal Víctor, compuesto de cerca de treinta mil hombres, de los cuales una tercera parte era de tropas francesas, otra de excelentes tropas polacas, y otra de tropas de Baden y de Berg muy bien organizadas. Este cuerpo, que iba á engrosar la corriente continua de batallones de marcha, situado en Esmolensko, donde descansaría y se alimentaría perfectamente, debía estar pronto á sostener al mariscal Saint-Cyr ó al príncipe de Schwartzberg, en el caso en que alguno de los dos llegara á sufrir descalabros. Napoleón juzgaba que, en vez de experimentar reveses, alcanzarían triunfos, haciendo buen uso de sus fuerzas. Sin embargo, poniéndose en lo peor, se figuraba que serían reducidos á la defensiva, lo cual era á sus ojos la más desfavorable de las eventualidades posibles, y en tal caso consideraba al cuerpo del mariscal Víctor como destinado á hacer cara á las tropas que regresaran

(1) Una de las cuestiones históricas que se han ventilado más á menudo es la de averiguar, porque Napoleón no se detuvo en Esmolensko y empleó lo que faltaba de la estación en organizar la Polonia, y preparar su punto de partida para un segundo movimiento que hubiera comenzado el año de 1813; en suma, por qué no se resignó á hacer esta guerra en dos campañas, en vez de quererla acabar en una sola. Esta cuestión, siempre asentada, nunca ha sido resuelta por no haberse consultado la correspondencia de Napoleón, desconocida hasta ahora, y buscado en ella los motivos, que día por día le arrastraron de Wilna á Vitebsk, de Vitebsk á Esmolensko, de Esmolensko á Dorogobouga, de Dorogobouga á Moscou. La atenta lectura de esta correspondencia, curiosa y siempre profunda, nos ha explicado y revelado los escalones por donde Napoleón se encontró llevado hasta Moscou mismo. Al presente procuramos transmitir esta sucesión de ideas con la exactitud más rigurosa, y afirmamos que, corriendo detrás de una batalla, cuyo efecto moral le parecía necesario, fué conducido Napoleón desde Esmolensko á Dorogobouga, á Viasma, á Ghjat, á Borodino, y hallóse casi sin quererlo á las mismas puertas de Moscou. Una vez llegado á aquel punto, la entrada en esta ciudad no podía ser objeto de duda. Todavía falta saber por qué permaneció allí tanto tiempo. También nos lo revelará la misma correspondencia, y lo transcribiremos con la propia exactitud, cuando lleguemos á esta parte de nuestro relato. (N. del A.)

de Turquía. No conceptuaba que pudiesen volver más de treinta mil hombres del bajo Danubio, lo cual era exacto, y entonces, ora se dirigiesen las tropas por la Volhynia sobre Polonia, ora se encaminasen por la Ucrania sobre Kalouga y Moscou, el 9.º cuerpo nos pondría en aptitud de hacerlas frente, marchando en ayuda del príncipe de Schwartzberg ó del grande ejército mismo. Lo que se inclinaba más á creer Napoleón era que siendo herida en el corazón por la marcha sobre Moscou la Rusia, no persistiría en llevar sus fuerzas á las extremidades, y que el almirante Tchitchakoff no se dirigiría sobre Kiew, sino sobre Kalouga. Así consideraba la posición del duque de Bellune en Esmolensko como la mejor escogida para todas las hipótesis imaginables. De consiguiente envióle sus órdenes desde Dorogobouga el 26 de agosto, y le dió instrucciones ajustadas á las ideas que acaban de ser emitidas.

Todavía llevó su previsión más lejos. No quería que este cuerpo se hallara diseminado en pequeñas guarniciones; para evitar este inconveniente ya había atraído sobre Wilna algunos regimientos sajones, polacos, westfalianos, anseáticos, dejados en Dantzick y Königsberg hasta entonces; y dispuso que todos fueran trasladados á Minsk y Esmolensko, para suministrar desde allí las guarniciones y los destacamentos de que se necesitara. Con el fin de reemplazarlos en Dantzick había llamado previamente á este punto á una de las divisiones del mariscal Augereau, mandada por el general Lagrange, y toda compuesta de batallones de marcha. También hizo que esta división viniera á Esmolensko, para reforzar los diversos cuerpos del grande ejército y cubrir las bajas producidas por las batallas que hubiera, y escalonarse entretanto sobre el camino.

Esta división debió ser relevada en Dantzick por otra, perteneciente al cuerpo del mariscal Augereau de igual modo, á las órdenes del general Heudelet, y que sólo constaba de cuartos batallones. De esta suerte el mariscal Augereau se iba á ver enteramente privado de una de sus cuatro divisiones, la llamada á Esmolensko. A esta falta proveyó Napoleón con las tropas que resolvió sacar de Italia. Sin duda se hace memoria de que desconfiando de la corte napolitana había formado, á las órdenes del general Grenier y entre Nápoles y Roma, un cuerpo de ejército con muchos buenos regimientos franceses y otros de extranjeros al servicio de Francia. Estando Murat bajo su mano, y no teniendo ya nada que temer de su ligereza, pensó que el ejército de Nápoles, organizado esmeradamente, bastaría para guardar el Mediodía de Italia; además le dejó los regimientos de Itembourg y de Latour d'Auvergne, y ordenó que las tropas francesas del general Grenier se reunieran en Verona, para formar una excelente división de quince mil hombres, compuesta de lo mejor que había en Italia. Al general Grenier previno que se dirigiera lo más pronto posible á Augsburgo, marchando no obstante con la prudencia conveniente, para no sembrar los caminos de rezagados. Así el mariscal Augereau iba á ganar mucho más que perdía, y á hallarse con cuatro divisiones y con el número de cincuenta mil hombres de tropas activas.

Ya había invertido cinco días en ordenar en Esmolensko los establecimientos militares que creaba por dondequiera que pasase, y que desgraciadamente no

siempre estaban terminados cuando partía. Había prescrito la construcción de veinticuatro hornos, la transformación de los conventos y de las iglesias en almacenes, el acopio de estos almacenes con los recursos del país, la formación de un vasto hospital, provisto de todos los objetos necesarios, disposición urgente, pues había que curar á cuatro mil franceses y á tres mil rusos, y habiéndose quedado detrás el material de los hospitales de sangre, á falta de trapos se echaba mano del papel de los viejos archivos de Esmolensko. También había ordenado dar sepultura á los cadáveres que no podía hacer desaparecer la población fugitiva, y cuyo abandono sobre un suelo abrasado producía, no sólo hediondez, sino pestilencia; el establecimiento de un puente de estacas en Esmolensko, la reparación de sus murallas, su armamento, y en fin, otras cien providencias igualmente provechosas. Allí dejó una división de su joven guardia á las órdenes del general Delaborde, que tan bien había servido en Portugal, interin los destacamentos, que se habían quedado detrás, llegaban á formar la guarnición de esta ciudad importante. Llamó á este punto á los que había dejado en Vitebsk, donde debían ser relevados por otros. Cambió el camino del ejército, y en vez de hacerle pasar por los puntos que personalmente había recorrido en su marcha, esto es, por Gloubokoe, Ouschatsch, Beschenkowicz y Vitebsk, determinó que pasara por Smorgoni, Minsk, Borisow y Orscha, por ser más corta la travesía. Dispuso que los batallones de marcha, al llevar al ejército los reclutas, conforme á las reglas que de muy atrás dejaba establecidas, siguieran esta nueva línea de etapas, y expidió órdenes para acelerar su arribo. La división polaca de Dombrowski, destacada del cuerpo de Poniatowski y situada en Mohilew para enlazar el grande ejército con el cuerpo austro-sajón, recibió una brigada ligera, á fin de que pudiera extender su vigilancia más lejos, y cuidar mejor de esta nueva base de operaciones. Escribió á los mariscales Macdonald y Saint-Cyr, que guardaban el Dwina, y al príncipe de Schwartzberg, que custodiaba el bajo Dnieper, advirtiéndoles que iba á seguir adelante para dar una batalla decisiva, y les mandó que protegieran bien los flancos del grande ejército, mientras procuraba descargar un golpe mortal sobre el enemigo. Finalmente, envió á decir al duque de Bellune que se preparara á venir á Wilna, porque desde este punto central el noveno cuerpo sería el recurso de aquellos de nuestros generales que fuera batido en alguna de nuestras alas.

De este modo con un cuerpo de cincuenta mil hombres entre Berlín y Dantzick, con fuertes guarniciones en Dantzick, en Königsberg, en Memel, en Kowno, en Wilna, en Vitebsk, con los dos cuerpos de los mariscales Saint-Cyr y Macdonald junto al Dwina, con el cuerpo del príncipe de Schwartzberg junto al Dnieper, con una excelente división polaca en Mohilew para enlazar al príncipe de Schwartzberg al grande ejército, con el cuerpo del duque de Bellune perfectamente disponible en Esmolensko y pronto á socorrer á aquella de sus alas que estuviera en peligro, ó á seguir sus huellas hacia Moscou; por último, con la corriente continua de batallones de marcha, dando guarniciones en todas las ciudades del camino, interin llegaban á completar el grande ejército, con todos estos medios, Na-

poleón se consideraba seguro, y no creía que jamás se pudiera comparar su conducta a la de Carlos XII.

Dignas sin duda eran de su alta previsión estas vastas providencias, y parecía que debieran ponerle á cubierto de todo linaje de accidentes. Sin embargo, por parte de sus lugartenientes era objeto una de ellas de observaciones sobrado tímidamente presentadas, y desgraciadamente justificadas por los resultados, y era la que consistía en dejar divididas en dos cuerpos las tropas destinadas á guardar el Dwina. Contando el cuerpo del mariscal Saint-Cyr veinte mil franceses y diez mil bávaros después de los últimos sucesos, quizá bastara con un general emprendedor y sobre todo con subsistencias, para batir al cuerpo de Wittgenstein; pero reducido á menos de veinticuatro mil combatientes, por el envío de numerosos destacamentos en busca de víveres, y situado á largas distancias de sus apoyos, en regiones desconocidas, no debía causar extrañeza que ni bajo un jefe tan hábil como el mariscal Saint-Cyr nada decisivo llevara á cabo. Con veinticuatro mil hombres á lo sumo, repartidos entre Riga y Dunaburgo, no podía el mariscal Macdonald ni tomar á Riga, ni mantener con el mariscal Saint-Cyr las comunicaciones. Al revés, uniendo estos dos cuerpos, según el mariscal Macdonald proponía, fuera Wittgenstein abrumado, se pudiera pasar más allá del Dwina, establecerse hasta en Sebej, forzar así á Wittgenstein á replegarse sobre Pskow, y tener por este lado una superioridad marcada. Verdad es que la Curlandia quedara expuesta á las correrías de la guarnición de Dunaburgo, y ni se hubiera sitiado á Riga de la cual deseaba Napoleón apoderarse; pero ocupando fuertemente á Tilsit, guardando bien el curso del Niemen hasta Kowno, no podían ser de grandes consecuencias las correrías de los cosacos á Curlandia; y en cuanto al sitio de Riga, era muy problemático que un cuerpo reducido á veinticuatro mil hombres, obligado á destacar una tercera parte de su fuerza efectiva á diversos puntos, fuera capaz de ejecutarlo. Salva esta providencia, de la cual se verán más tarde los resultados, y que se rozaba con la fatal propensión á querer abarcar á la vez todos los objetos, Napoleón adoptó las verdaderas providencias que la situación exigía. Conociendo la dificultad de asegurar la correspondencia del grande ejército con sus espaldas por entre bandas de cosacos, ordenó que en todo puesto se estableciera una especie de pequeña ciudadela con empalizadas, capaz de contener cien hombres de infantería, dos bocas de fuego, quince hombres de caballería, un almacén, un hospitalito, caballos de posta y un comandante enérgico é inteligente. Los gobernadores de Minsk, de Borisow, de Orscha, de Esmolensko, fueron encargados de proveer á estas atenciones con sus soldados, y así ni los paisanos ni los cosacos podían interceptar de ningún modo la transmisión de las órdenes y de las noticias. Por último, esperando volver á invernar á Polonia si un triunfo y la toma de Moscou no abatían el valor de Alejandro, quiso que por dinero ó por medio de requisiciones se juntaran en Lituania un millón y doscientos mil quintales de granos, sesenta mil bueyes, doce millones de fanegas de avena, cien mil quintales de heno, otros tantos de paja, y que se reuniesen estas vastas provisiones en Wilna, en Grodno, en Minks, en Mohilew, en Vitebsk y en Esmolensko. Con esto había

para alimentar al ejército más de un año, y era muy posible, y especialmente con dinero, proporcionarles todo lo necesario en Polonia.

Napoleón había llevado consigo un pingüe tesoro en numerario, y además falsos rublos en papel moneda, que hizo fabricar en París sin escrúpulo alguno, creyendo que le justificaba la conducta de los coligados, que en otra época habían llenado de asignados falsos la Francia.

Tomadas estas precauciones, Napoleón abandonó á Dorogobouga en el orden siguiente. Murat formaba la vanguardia con la caballería ligera de los mariscales Davout y Ney, con la caballería de reserva de los generales Nansouty y Montbrún y con mucha artillería montada; el mariscal Davout le seguía inmediatamente, llevando pronta de continuo una de sus divisiones para socorrer á la caballería. Detrás de Davout marchaba Ney, y con Ney la guardia. El príncipe Poniatowski, con su cuerpo y la caballería de Latour-Maubourg, manteniéndose á dos ó tres leguas del camino real sobre la derecha, se aplicaba á desbordar al enemigo, y á recoger informes, que la lengua hablada por los polacos y la menor desaparición de los habitantes hacia los caminos laterales le permitían proporcionarse más fácilmente. Posición semejante ocupaba el príncipe Eugenio sobre la izquierda, y marchaba á dos ó tres leguas del camino real, siempre algo delante del grueso del ejército, á fin de desbordar á los rusos. Le precedía la caballería del general Grouchy.

Seguía el cuartel general con los parques de artillería y de ingenieros, con mil carros de equipajes cargados de comestibles.

Estos víveres estaban destinados á sustentar á la guardia, á la cual no quería Napoleón acostumbrar al merodeo, y para proporcionar subsistencia á todo el ejército el día que se necesitara concentrarse para dar batalla. Salvo el cuerpo de Davout, cuyos soldados llevaban víveres para ocho días á la espalda, y una reserva de tres ó cuatro en carros, los otros cuerpos debían vivir sobre el terreno. Efectivamente, se había echado de ver que las aldeas estaban menos desprovistas de lo que se supuso al principio, y que especialmente en los caminos laterales, donde los rusos no habían tenido tiempo de destruirlo todo, quedaba muy bastante porción de subsistencias. Este era el recurso reservado al príncipe Eugenio sobre la izquierda, y al príncipe Poniatowski sobre la derecha.

Se hallaba, pues, desembarazado el ejército de parte de sus carros. No llevaba municiones de artillería en cantidad considerable, y en punto á trenes de puente, se había limitado á los hierros y á los útiles necesarios para echar puentes de caballetes. Sobre esta meseta central que separa el Báltico del mar Negro, los ríos, casi todos en su nacimiento, eran de lento curso y de poca hondura, y no se necesitaba arrastrar consigo barcas. Bajo el aspecto de la calidad de los hombres, juntaba el ejército lo mejor que había contado en sus filas. Perdido había desde Vitebsk cerca de quince mil hombres en diversos combates, especialmente en Esmolensko y en Valoutina; diez mil había perdido por las marchas. Una división de la guardia había dejado en Esmolensko, sobre el camino de Vitebsk una división italiana en observación con la caballería ligera que el general

Pajol tenía bajo su mando, y estaba reducido de ciento setenta y cinco mil á ciento cuarenta y cinco mil hombres por todas estas causas. Es verdad que no se podía ver nada más excelente. De perfecta serenidad era el tiempo, se marchaba por un bello y espacioso camino, guarnecido de muchas hileras de álamos blancos, por entre verdes llanuras, y aunque el espíritu de los generales estuviera zozobroso, los soldados se dejaban guiar supersticiosamente por la estrella de su caudillo. Ya se había divulgado el susurro de que se iba á Moscou. «¡A Moscou, gritaban los soldados, á Moscou!» y seguían á Napoleón como en otro tiempo seguían á Alejandro los soldados macedonios á Babilonia.

Llegaron el día 18 á Viasma, ciudad linda y bastante poblada, cruzada por un río, cuyos puentes estaban rotos. No contemplando más á las ciudades que á las chozas, los rusos habían prendido fuego á esta pobre ciudad de Viasma; pero, según su costumbre, prendieron de prisa y á última hora. Así nuestros soldados lograron apagarlo y salvar parte de las casas y de los comestibles. De igual modo se aplicaron á restablecer los puentes. Todos los habitantes se habían dado á la huida, y no refrenaban ni los miramientos de la humanidad ni los de la política en la manera de disfrutar de un país conquistado. Se establecían, pues, los soldados en lo que habían arrancado al fuego como en hacienda propia, y se vivía sin reserva, y hasta sin economía, debiendo partir al día siguiente. Por desgracia, si estaban prontos á arrojar en medio de las llamas para atajar sus destrozos, se lograba difícilmente dominarlas á causa de la madera, que forma en Rusia la mayor parte de sus construcciones; y luego, cuando se había conseguido, queriendo los soldados cocer pan en los hornos de las casas, por descuido prendían el fuego que por cálculo prendieron los rusos y que por necesidad se había apagado. Con todo, aunque no sin trabajo y sin muchos azares, se vivía, porque la industria del soldado francés igualaba á su denuedo.

Según los informes adquiridos por la vanguardia, informes verdaderos sin duda, debíamos haber encontrado en Viasma á los rusos prontos á recibir la batalla á que habían acabado por resolverse, y decididos á admitirla tan luego como el terreno les pareciera favorable. Pero no juzgando los rusos conveniente el de Viasma, habían trasladado sus miras al de Czarewo Zaimitche, situado á dos jornadas de distancia, y que debía ofrecer á los acometedores muy grandes dificultades. Al parecer, desde que el general Barclay de Tolly había concedido á las pasiones de su ejército la batalla tan anhelada, se mostraba menos impaciencia por darla y más dificultad en la elección del terreno. Tanto en los campos como en la plaza pública siempre es la misma la muchedumbre; concederla aquello que pide, es casi un medio de hacer que la desagrade. Los más ardientes partidarios de la batalla, el príncipe Bragatión entre ellos, no encontraban ningún terreno á su gusto. No habían querido el de Oujá; no querían tampoco el de Viasma: ahora se remitían al de Czarewo-Zaimitche. Se ve á través de cuantas vicisitudes acababa por prevalecer el sistema de una retirada continua, enderezada á llevarnos á las profundidades del imperio.

Por lo demás para Napoleón ya no era cuestión la de saber si había de seguir á los rusos. Abrazado estaba su

partido en esto desde que se convenció de que acabarían por admitir la batalla, y una ó dos marchas más para llegar á este resultado, que á sus ojos debía ser decisivo, no eran ya una consideración capaz de detenerle. Por tanto ni sorpresa ni despecho le causó ver que los rusos también habían levantado el campo de Viasma, y resolvió seguirlos por el camino de Ghjat. Sin embargo, en su rededor empezaban á preocupar los ánimos siniestros presentimientos. Todas las noches, la necesidad de ir á los forrajes hacía perder centenares de hombres y la fatiga mataba á centenares de caballos. El ejército disminuía á vista de ojo, sobre todo la caballería, y podía temer que aquel sistema de los partos, del cual se jactaban los rusos en sus vivaques, al par que llenaban de insultos á los generales que lo ponían en planta, fuese harto efectivo y estuviese próximo á proporcionarles el triunfo. Berthier, hombre de extrema reserva; Berthier, que tenía en la guerra el buen sentido del príncipe Cambaceres en la política, pero que no era más atrevido cuando convenía explicarse; Berthier se permitió dirigir algunas observaciones á Napoleón sobre los peligros de esta expedición llevada á todo trance, y de querer dar cima en una sola campaña á lo que exigía dos sin duda. Hizo valer las fatigas, la escasez de víveres, el sucesivo menoscabo de la fuerza efectiva, la mortalidad de los caballos, y por encima de todo la dificultad de la vuelta. Napoleón, que sabía perfectamente cuanto se le pudiera decir sobre este punto y que se irritaba de hallar en boca de otros la expresión de las ideas que asediaban su mente, recibió muy mal las observaciones del mayor general y dirigióle esta réplica ofensiva que lanzaba al rostro de todo el que le objetaba algo: «¡Y vos también, vos sois de los que no quieren más!» Luego llegó casi hasta á injuriarle, comparándole á una vieja, diciéndole que se podía volver á París si le acomodaba y que sabría pasarse sin sus servicios. Humillado Berthier le respondió con un dolor concentrado, fué al cuartel del mayor general y durante muchos días dejó de ir á sentarse á la mesa imperial, aun cuando hizo todas sus comidas como de costumbre (1).

Por la misma época tuvo lugar otro incidente no menos sensible. Se ha visto de qué manera Davout y Murat disentan de continuo en la vanguardia, como era propio de sus distintos caracteres. Irritado el mariscal en Viasma de ver la caballería tratada por Murat sin contemplaciones, le negó su infantería, por no querer exponerla á igual trato. En vano alegó Murat su calidad de rey, de cuñado del emperador, pues el mariscal Davout obstinóse en su negativa, y delante de todo el ejército prohibió al general Compans que obedeciera al monarca napolitano. Tan viva había sido la disputa, que se ignoraba adónde conduciría; mas la apaciguó la presencia de Napoleón, quien, aun participando del dicta-

(1) Se han referido muchos altercados, falsos ó exagerados, de Napoleón con sus lugartenientes durante esta campaña. Me limito á lo auténtico, lo mismo en esto que en todo. De boca de un testigo ocular y fidedigno, tan adicto á Napoleón como á Berthier y que ocupaba en el ejército un puesto elevado, he sabido lo que refiero. Por lo demás este altercado con Berthier fué ya muy conocido entonces, y en muchas Memorias contemporáneas se halla mencionado. Es el más comprobado de cuantos se han referido, y así le creo digno de ser consagrado por la historia. Merece excepción semejante, así por el personaje Berthier, como por la autenticidad del hecho. (N. del A.)